

ANA ALONSO

Los  
COLORES  
del TIEMPO

  
ESPASA

ANA ALONSO

LOS COLORES DEL TIEMPO



ESPASA

ESPASA  NARRATIVA

© Ana Alonso, 2021  
© 2021, Editorial Planeta, S.A.  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 10.264-2021  
ISBN: 978-84-670-6245-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

El olor del papel viejo era casi comestible, y no muy diferente para Adela del de un pastel de hojaldre recién salido del horno: la misma promesa de placer, el mismo poder para evocar momentos deliciosos del pasado, la anticipación del goce mezclada con la melancolía de la memoria... Las novelas y los milhojas de crema tenían eso en común: se podían saborear hasta en las peores circunstancias.

Aunque, por otro lado, el aroma punzante de la tinta recién salida de imprenta le revolvía un poco el estómago. Le recordaba la época en que recibía los nuevos números de La Novela Ideal antes incluso de que llegaran al quiosco. Se los mandaban directamente desde la redacción de La Revista Blanca. Aunque eran tiempos convulsos y ya en el horizonte se intuía lo peor, Adela se escapaba en cuanto podía al descuidado jardín que había un par de manzanas más arriba de la sede de la CNT y se sentaba a leer bajo los tilos. Se sumergía en la historia y se olvidaba de todo lo demás. Veía en su imaginación el vaporoso vestido azul oscuro de la protagonista, sus manos delicadas cosiendo una insignia heroica en un uniforme, tecleando en una máquina de escribir las palabras que salvarían a todo un pueblo, acariciando al hombre que acababa de plantar los explosivos bajo el puente para impedir el paso del enemigo... Y todo en medio de una escandalosa quietud, como si la guerra fuese solo el decorado de aquellos amores novelescos, algo que no podía pasar realmente, que no estaba pasando.

Recordaba con asombro aquella inocencia en medio del desastre. Quizá por eso la descomponía un poco el olor de los libros recién publicados, por aquel perfume de irrealidad atolondrada. Aun así, ¿quién podía resistirse? La Mari le tenía bien tomada la medida y siempre le guardaba alguna novela casi nueva. Sabía que, más allá del argumento y del estilo del escritor, Adela apreciaba la brillantez de los colores recién impresos, las hojas todavía lisas, el misterio intacto de una historia que nadie había leído todavía.

Nunca se había pasado por el quiosco antes de abrir la escuela, pero ese martes decidió desviarse un momento porque la Mari la había enviado a buscar a través de su hija, que era una de sus alumnas. Por la mañana temprano, Teresina se había presentado en su casa para decirle que su madre acababa de recibir de Madrid una remesa de novelas sin estrenar y que podía ir a echar un vistazo antes de que abrieran. A Adela le sorprendió el detalle. Lo interpretó como un gesto de amistad.

Más tarde, sin embargo, llegó a pensar que la iniciativa no había partido de la Mari. A lo mejor la inspectora andaba intentando reunir evidencias contra ella y había sobornado a la librería para que le tendiera una trampa. Sonaba rebuscado, pero era posible. En el nuevo orden, ni siquiera estaba mal visto aceptar esa clase de «colaboraciones». Por desgracia, la idea se le ocurrió unos cuantos días después; mientras estaba en la librería, ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Como no le sobraba el tiempo, dejó encima del mostrador las tres novelas que había tomado prestadas la última vez y revisó deprisa el montón de libros nuevos. Escogió tres cuyas cubiertas le llamaron la atención. No por casualidad, todas tenían algo en común: en sus ilustraciones de portada se combinaban el negro y el rojo.

Pagó a la Mari con monedas sueltas. Hablaron un momento del mal tiempo y del reparto de carbón que habría

al día siguiente en la plaza Mayor. La Mari iba a enviar a Teresina, pero temía que no pudiera con el peso de la cesta. Adela no quería enviar a su hija, y no sabía aún como se las iba a arreglar, porque si se acercaba después de las clases, seguramente ya no quedaría nada. Oportunidades como aquella se presentaban pocas, y lo más probable era que la gente formase colas desde las cinco de la mañana.

Cuando salió del quiosco, oyó las campanas de la iglesia de Renueva y apresuró el paso. Se le había hecho tarde. Se envolvió bien en su bufanda y se obligó a respirar por la nariz a pesar de la prisa, porque aquel frío de León entraba a cuchillo en los pulmones y ella no estaba acostumbrada. No se acostumbraría nunca.

Llevaba las tres novelas sujetas contra el abrigo de lana gris a la altura del pecho, tan apretadas que casi le hacían daño. Por eso, cuando don Marcos se las arrebató de un gesto brusco al pasar por delante de la escalera de la iglesia, se sobresaltó como si le hubiese arrancado la ropa.

—Pero ¿qué hace? —no pudo menos de preguntar.

—¿Qué haces tú, loca? —le susurró don Marcos.

La agarró con firmeza del antebrazo por encima del codo y prácticamente la arrastró al interior del templo. Un par de beatas levantaron la cabeza al oír el forcejeo en el umbral de la iglesia, junto a la pila del agua bendita. Lo que vieron no debió de chocarles, porque ni siquiera llegaron a perder el ritmo de sus monótonos rezos.

El cura olía a loción de afeitado y a sotana limpia. Sus ojos, fríos y claros, le parecieron a Adela tan azules como el reflejo del cielo en un charco. No era la primera vez que se fijaba en ellos.

—¿Es que ya no puede una ni leer? —susurró zafándose de él, indignada—. Devuélvamelas, que no son mías.

—Estoy intentando ayudarte. Pero ¿tú qué quieres, terminar en Alhucemas o en un sitio peor? Hoy vas a tener visita de la inspectora. Imagina que se encuentra con esto.

—Ni que fuera el *Manifiesto comunista*.

El cura la miró entre divertido y escandalizado.

—Tú sigue diciendo esas cosas y verás cómo terminas. Las novelas me las quedo yo. Anda a la escuela, tienes el tiempo justo para arreglar... lo que tengas que arreglar. Y nada, no hace falta que me des las gracias.

Se las dio apresuradamente, con palabras torpes, porque no tenía claro cómo hablarle a aquel cura amable e irónico que nunca le había dicho ninguna inconveniencia y que, a diferencia de otros, sabía mantener las distancias. Lo que acababa de hacer demostraba que se preocupaba por ella; pero, con qué propósito, era algo que a Adela le costaba trabajo imaginar.

Podía estar buscando la manera de ganarse su confianza para, más adelante, tratar de seducirla. Una mujer sola con una hija, un pasado oscuro y sin conocidos en la ciudad... O quizá para él no fuese más que un alma descarriada, una madre viuda o soltera a la que había que ayudar por caridad cristiana. Aunque tampoco quería pecar de ingenua, que de los curas se fiaba poco, y de cómo la miraba don Marcos algunas veces, menos que nada. Sus ojos removían cosas que ella habría preferido que se mantuviesen quietas, reposando en el fondo de la memoria: no quería volver a sentir la mordedura de las palabras dulces, ni aquella curiosidad apasionada hacia lo que se oculta en la mirada de otro.

En todo caso, por el aviso al menos le tenía que estar agradecida. Eso sí: llegaba un poco tarde para serle de alguna utilidad.

Apretó el paso, cruzó la calle y en cinco minutos estaba ya delante de la escuela. Subió a toda prisa la trapa metálica y entró en el gran recinto helado. La luz lechosa de la

mañana otoñal se filtraba a través de la galería de cristales que daba al prado donde las vecinas tendían la ropa. Apenas disponía de tiempo para ordenar un poco la clase, y no sabía por dónde empezar.

Se acordó del Sagrado Corazón que había guardado en la carbonera; lo sacó, lo colocó encima del armario de los mapas y le pasó un trapo que no llegó a quitarle del todo la capa de hollín que lo cubría. Estaba terminando de limpiarlo cuando le vino a la cabeza el cuaderno donde había estado escribiendo los últimos días. ¿Dónde lo había dejado? Se volvió hacia su mesa y lo vio allí, debajo de uno de los ejemplares del *Quijote* para niños que solían leer en corro por las tardes.

Rápidamente cogió el cuaderno, le arrancó todas las páginas escritas y las arrugó entre las manos. Envolvió con ellas unas cuantas astillas, las metió en la estufa y, por debajo, colocó unas piedras de carbón. Echó dentro una cerilla prendida que cayó entre los papeles arrugados, y utilizó el fuelle para tratar de avivar la llama. Qué mal tiraba aquella estufa; antes de sacarle una brasa le llenaba la escuela de humo...

Las alumnas empezaron a llegar y a saludarla con las fórmulas ceremoniosas que les habían enseñado las señoritas de la Sección Femenina. Para ellas, niñas pobres de barrio, suponían el colmo del refinamiento. Arrodillada ante la estufa abierta, Adela respondía con un «buenos días» distraído a cada una. Necesitaba toda su concentración para manejar el fuelle a un ritmo sostenido, suministrándole al fuego el aire que necesitaba. Las llamas, en forma de finas lenguas anaranjadas, iban cogiendo fuerza poco a poco, pero seguían desprendiendo demasiado humo.

Su hija Lucía llegó con la hija de la vecina que les tenía alquilado un cuarto en el entresuelo, una niña que se llamaba Milagros y a la que su madre le peinaba los rizos



como si fuera Shirley Temple. Le tranquilizó verlas allí, con las otras. A Lucía le tocaba fregar el encerado.

Estaba en ello cuando llamaron al timbre y, sin esperar a que le dieran paso, entró la inspectora, doña Mercedes.

Era la primera vez que Adela la veía en persona, porque la acababan de nombrar. Se trataba de una mujer alta, con el cabello castaño peinado en ondas y facciones algo masculinas. El conjunto granate que llevaba era de corte muy moderno, como los que se veían en las películas americanas más recientes. Caminaba y gesticulaba con desenvoltura.

—Adela Cruz. Ya tenía yo ganas de conocerla —saludó, estrechándole brevemente la mano—. Me han hablado mucho de usted. Niñas, siéntense mientras hablo con su maestra. Saquen todas el libro y los cuadernos y pónganse a repasar.

Las niñas se miraron unas a otras. Lucía dejó la pizarra y corrió a su pupitre.

—Es que no tienen libro —explicó Adela—. Como es un barrio humilde, cuesta mucho que las familias se gasten el dinero, así que utilizamos otros métodos.

—La escuela sin libros. —La inspectora la miró frunciendo levemente sus finas cejas—. Una metodología muy moderna.

—Usamos mucho los libros, de todas formas —se justificó Adela, y guio a la mujer hacia el armario con cristalera que hacía las veces de biblioteca—. Todos los días leemos en voz alta.

—¿Y qué leen?

—Un poco de todo. El *Quijote*, fábulas...

Mientras Adela hablaba, doña Mercedes abrió el armario de los libros y comenzó a examinarlos.

—El Catecismo también, supongo.

—Por supuesto. Todos los días.

La inspectora levantó la vista hacia Adela. Sus largas pestañas oscuras le otorgaban a su mirada una intensidad aterciopelada. Adela le calculaba unos cuarenta años.

—¿Ese color de pelo es natural?

Instintivamente, Adela se llevó una mano a la horquilla que le sujetaba la media melena cobriza por detrás de la oreja izquierda. Estaba en su sitio.

—Es natural, sí. Mi madre lo tenía como yo.

—¿Es extranjera su madre? ¿Inglesa?

—No. De padres asturianos, pero nació en Barcelona.

—¿Vive en Barcelona?

—Murió cuando yo era una niña. Y mi padre también, poco antes de la guerra.

La inspectora se santiguó.

—Descansen en paz. Pues con ese pelo parece extranjera. Se lo habrán dicho muchas veces. Para una española resulta demasiado llamativo.

Siguió paseando por la clase, despacio, mirándolo todo. Sus tacones resonaban contra el ennegrecido suelo de madera.

—Lo tiene bastante limpio —observó.

—Las niñas barren la escuela con serrín todos los días. Y los pupitres los fregamos una vez al mes. A no ser que caiga alguna mancha de tinta. Entonces, procuramos limpiarla enseguida.

Adela caminaba detrás de doña Mercedes, pendiente de sus movimientos. La inspectora se detuvo ante uno de los carteles con muestras caligráficas que decoraban las columnas.

—¿Los ha hecho usted?

—Sí. Distintos tipos de caligrafía, para que las niñas practiquen.

La inspectora asintió con una mueca aprobadora que casi llegaba a ser una sonrisa.

—¿Y tiene material? ¿Le hace falta algo? No he visto en su mesa la palmeta.

—Se cayó un día a la estufa —contestó una de las niñas.

Se oyó un coro de risas ahogadas, que murieron en cuanto la inspectora se giró para mirar hacia los pupitres.

—¿Quién ha dicho eso? Que se ponga de pie.

Todas las niñas permanecieron quietas, esforzándose por no mover ni un músculo. Por fortuna, doña Mercedes no parecía demasiado interesada en desenmascarar a la culpable. Nuevamente se volvió hacia Adela.

—¿Es verdad? —preguntó con una sonrisa irónica—. ¿Quemó la palmeta?

Adela le sostuvo la mirada.

—Pues sí. Debíó de ser un día que no tiraba la estufa y no teníamos nada más para quemar. Ya sabe que algunas veces nos mandan bastante escaso el carbón. Hay que aprovechar lo que se pueda.

La respuesta sonó a mofa, y Adela intentó suavizarla con una sonrisa. No entendía por qué había dicho aquello; le había salido así, sin pensar. Debería haberse limitado a asentir, sin dar ninguna explicación.

La inspectora le clavó sus expresivos ojos oscuros, pero no dijo nada. Con pasos decididos, regresó a la mesa del profesor y se sentó en el borde. Llevaba medias de seda y unos zapatos negros de tacón con la puntera afilada, a la última moda. Más que una funcionaria pública, parecía una artista. Las niñas la observaban muy quietas, debatiéndose entre el miedo y la fascinación que les producía.

—¿Sabe que aquí se instalaron los soldados de la Legión Cóndor durante la guerra? —preguntó doña Mercedes.

—Me lo han contado, sí —contestó Adela—. Algunas alumnas de las mayores se acuerdan.

—Eran encantadores. Los niños los adoraban. Les regalaban las cajas de lata de sus cigarrillos. Muy bonitas, con un camello pintado en la tapa. Dejaron muy buen recuerdo aquí.

Adela apretó imperceptiblemente el puño derecho. Se preguntó si la inspectora intentaba provocarla.

—Yo no estaba en León todavía por entonces —se limitó a decir.

—¿Y dónde pasó la guerra?

—En Valladolid, con la familia de mi marido, que en paz descanse.

—¿Murió en el frente?

De nuevo la estaba observando. Adela asintió con la cabeza. Mejor no dar detalles que pudieran suscitar más preguntas. La inspectora, esta vez, no se santiguó.

—Bueno, ahora quiero ver a las niñas. Por favor, todas en pie.

Las niñas armaron un poco de jaleo al levantarse. Algunas se pusieron firmes como soldados a punto de pasar revista. Doña Mercedes avanzó entre los pupitres. Delante de cada pareja de alumnas, se detenía un momento.

—Ese pelo está demasiado largo para llevarlo suelto —le dijo a Luisa, una de las mayores—. Dígale a su madre que se lo corte.

A Encarna, que era de las medianas, la agarró con brusquedad de una trenza.

—Está congelada —murmuró—. Qué manía de peinar a las niñas mojándoles el pelo, con estos fríos... Anda, hija, siéntate un rato al lado de la estufa, que te vas a poner mala.

Aquel gesto agradó a Adela, que se apresuró a llevar su silla junto a la estufa para que Encarna se sentase allí. La inspectora cogió a la niña de la mano y la condujo ella misma hasta el asiento. Fue entonces cuando notó que la estufa humeaba.

—Vaya por Dios, qué mal tiran estos trastos —dijo—. ¿La acaba de encender? Es mejor dejar la puerta abierta hasta que se caliente el tubo.

Se inclinó sobre el armatoste de hierro y abrió la puerta. Una bocanada de humo gris brotó del interior enrojecido por las llamas. Doña Mercedes tosió.

—Pero, hija de mi vida, ¿es que no sabe usted encender una estufa? ¿Qué es lo que ha echado ahí?

Estaba mirando las hojas arrugadas del cuaderno de Adela. El fuego no había acabado de consumirlas.

—Son trabajos del curso pasado —contestó Adela con aplomo—. El papel anda escaso y hay que aprovecharlo.

—Igual que con la palmeta, ¿no? No desperdicia nada. Pero qué lástima ese trabajo, da pena que se quemé. Debía de ser de una alumna muy buena. Tiene una caligrafía preciosa. Muy parecida a la suya.

Adela notó que la sangre le afluía a las mejillas.

—Era una niña muy trabajadora, sí —mintió—. Ahora está en el instituto.

La inspectora se irguió de nuevo. Una sonrisa irónica afloró a sus labios pintados de rojo coral.

—Y de estas niñas, ¿cuál es su hija? Porque me han dicho que tiene una hija pequeña. La traerá aquí con usted...

—Sí. Se llama Lucía. Es la primera de la izquierda, la que va de blanco.

La inspectora se acercó a Lucía y le pellizcó la barbilla, ensanchando su sonrisa.

—Menos mal que no ha heredado su pelo —dijo, echándole hacia atrás una de las trenzas rubias—. ¿Y este vestido? ¿Por qué lo lleva tan corto?

—Se lo hice yo, pero ha crecido mucho... Y es que ahora no se encuentran telas así como así.

—Sí, ya me habían dicho que antes de ser maestra co-sía. Pues mire lo que le digo, saque una tela de donde sea y vista a esta niña como Dios manda. La hija de una maestra tiene que dar ejemplo, no puede andar por ahí con las rodillas al aire. Se lo digo en serio. La próxima vez que venga a verla le traeré una palmeta, que falta le hará, supongo; y, para entonces, espero que esta criatura lleve un vestido que le tape las piernas.